

PERFIL SEVILLANO

SEVILLA, BIEN ENTENDIDA

CUANDO la tarde se detiene por capricho del poeta, en ese indefinible instante del atardecer, como si pareciese que la luz del sol, ya roja en el ocaso, quisiera regar con su sangre los campos de Andalucía, esas vegas y marismas que saben de romeros y vírgenes chiquitas, Andalucía toda, y Sevilla de una forma especialísima se sume en un infinito éxtasis de ideales encantos.

Sevilla riega en esos momentos sus frescas macetas de verde albahaca, y en el azabache cabello de sus mocitas, moras por su recato, cristianas por su fe, florecen—oasis de venturosa alegría—ilusos jazmines de Mayo, graciosamente ensortijados en el clásico ramo.

Las plazas recónditas de mi ciudad, plazas que en el triste deambular incierto hay que saber encontrarlas, para saborear de ellas su clasicismo andaluz, se sumen en la ignorada paz de las sombras; murmuran las fuentes plegarias de amor, y los claveles en las rejillas, quiebran sus tallos airosos.

Sevilla, la que entiende el buen sevillano, no se muestra alegre ni bulliciosa, sino mística, triste y callada; aparece, como por sortilegio gitano, en cualquier momento inesperado, y nos dice de viejo abolengo y de clásica gracia; no bullanguera ni pedante, sino oportuna y espontánea. Sevilla es la amalgama de proporciones exactas de la tristeza y la alegría, la medida de la luz y las sombras. La plaza silenciosa donde las flores exhalan su aroma incierto—nardo y jazmín—y donde las voces de niños que juegan, se enredan con el pregón de los cántaros de barro, en la tranquila siesta del estío.

Es la afiligranada reja que escuchó de eternas promesas y que supo, y guarda celosa el secreto, de aquel beso de enamorado, cuando arriba titilaban los luceros que soñaban con noches andaluzas...

«Cuando a tu cara me acerco
las palabras en la boca
se me convierten en besos.»

Es la guitarra lejos y triste, y la copa de manzanilla en el Real de la Feria cuando aristócratas jerarcas pululan el paseo, como jinetes coloristas certeros de su enseñanza, en la escuela del verdadero clasicismo sevillano.

Es Sevilla la promesa de algo, que si tal vez nunca veremos, hemos de presentir en nuestros sentimientos y entonces detener unos instantes los pensamientos, y dialogar íntimamente con el alma recóndita del pueblo andaluz,

Sevilla es el vaivén de sus «pasos» en su Semana Mayor, o el pa-

scillo gentil en el albero de su Maestranza en una tarde dorada. Es el repiqueteo de palillos que suena en la noche, allá entre las blancas paredes de aquel cortijo escondido, que rezuma esencia andaluza, mientras el «señorito Pepe» escancia una media botella de manzanilla, que expande su oro en la estudiada arquitectura de una cañera.

Pero, también es Sevilla, el humo de sus fábricas y el trabajo de su puerto. Es Sevilla, su marisma rica y soñadora, sus olivares prometedores y el poema desconocido de su ganado bravío; donde se tejen los romances de valor y sangre, que cantara aquella gitana de posada en posada, con el aire entristecido por las sombras de los olivos...

«Yo vi a una madre yorando
el hijo que había perdido
la vida le fué agotando
pero en su pecho jerío
er doló no iba acabando.»

Luego, será el triunfo conseguido con el denuedo de la raza y más tarde, tal vez el destino inconsciente, arroje sobre el éxito, la roja mancha de la sangre. Y solamente su recuerdo, enhebrado por los romances quedará imperecedero.

En los llanos de mi Andalucía, donde vuela el trigo en lluvia de promesa, suena el cantar del campesino, el chirriar de su carroza va apagando su voz... Y en las costas de sal y arena, huele a yodo; la brisa juega con la copla y lejos se oye, un rumor marinero...

«... la Lola se va a los puertos
la Isla se queda sola.»

... Anochece sobre Andalucía.

ANTONIO PINO VAZQUEZ

Lea Ud.

”ALCÁNTARA”

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.